

GUÍA EXISTENCIALISTA

para la muerte, el universo y la nada

GARY COX

Traducción de Marta Nicolás Heredia

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *The Existentialist's Guide to Death, the Universe and Nothingness*

Diseño de cubierta: Elsa Suárez Girard / www.elsasuares.com

Imagen: © Arcangel / Elisabeth Frediksson

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Gary Cox, 2011, 2017

Esta traducción ha sido publicada por acuerdo con Bloomsbury Publishing Plc.

© de la traducción: Marta Nicolás Heredia, 2020

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2020

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-860-1

Depósito legal: M. 82-2020

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Introducción

Desde hace tiempo, soy un fiel admirador de la *Guía del autoestopista galáctico* de Douglas Adams, una fantástica saga sobre «la vida, el universo y todo lo demás». Su inconfundible mezcla de humor, ciencia ficción y filosofía ejerció una gran influencia en mí de adolescente, allá por la década de 1980, y, sin duda, fue un gran aliado para decidirme a estudiar filosofía en la universidad.

Si me he acercado lo más mínimo a responder la pregunta central planteada por Adams: «¿Por qué nacemos? ¿Por qué morimos? ¿Por qué queremos pasar la mayor parte de la existencia llevando relojes digitales?» (*Guía del autoestopista galáctico*, pág. 119), sería tan solo al decir que lo más probable es que, en el fondo, ninguna de estas cuestiones tenga solución. Cuando afirma que «cuarenta y dos» es la respuesta a la pregunta «¿Cuál es el sentido de la vida, el universo y todo lo demás?», Adams pretende ilustrar que no existe una respuesta satisfactoria y que el

problema reside en la propia pregunta. Deshaz la pregunta, como diría un budista.

Los existencialistas sostienen que la vida solo tiene el significado que cada individuo elige darle. Al imaginar la respuesta que daría un existencialista a la pregunta de Adams y con cuántas de sus profundas reflexiones se identificaría en general, me puse a pensar en cómo sería una guía *existencialista* sobre la vida, el universo y todo lo demás. ¿Qué ideas y temas incluiría esta guía, dirigida a existencialistas en potencia que quisieran viajar por el universo del existencialismo?

En dicha guía no se hablaría mucho sobre viajes en el tiempo. Los existencialistas son seres con los pies en la tierra, entre otras cosas porque se preocupan por temas prácticos como la existencia, la experiencia y las interacciones que sufre el ser humano en el entorno urbano. Aun así, las afirmaciones existencialistas sobre la condición humana también serían válidas para alienígenas de otros planetas, siempre y cuando estos también fuesen orgánicos, materiales, conscientes, inteligentes, sociales y mortales.

La visión que tienen los existencialistas sobre la vida humana está muy sesgada por su visión sobre la mortalidad, según la cual «ser humano» equivale a ser un *ser-para-la-muerte* inmerso en un proyecto de vida inevitablemente finito. No es cuestión de morbosidad por su parte, sino simplemente de sinceridad y de un planteamiento racional a las llamadas *verdades existenciales clave de la condición humana*. En mi opinión, esta preocupación por la muerte como verdad fundamental llevaría a los existencialistas a mencionar la «muerte» en lugar de la «vida» en el propio

título de su guía, tan solo para recordar cuáles son las raíces filosóficas del existencialismo y cuál es, a fin de cuentas, nuestro destino existencial.

Del mismo modo, en el título se referirían a la «nada» en lugar de a «todo lo demás», debido al papel esencial que suele desempeñar el fenómeno de la nada en la cosmovisión existencialista. Según explica esta guía, los existencialistas consideran la nada como la base de la consciencia, y solo cuando emerge el poder negador de la consciencia el universo se divide en los distintos fenómenos que experimentamos. Para un existencialista, la nada no se encuentra en los confines del universo. Es lo que somos cada uno de nosotros; una nada relativa al ser, en una búsqueda incesante de ser «uno» consigo mismo y con el mundo. Si este párrafo te ha resultado algo confuso, pero curiosamente intrigante, es que esta guía está hecha para ti.

Ya se lo avisa la *Guía del autoestopista galáctico* a sus lectores: «¡Que no cunda el pánico!». Sin duda, los existencialistas reconocen la importancia de no dejarse llevar por el pánico al afrontar las múltiples dificultades de la vida. Al igual que Adams, recomiendan enfrentarse a la realidad mediante elecciones y acciones positivas y decisivas. Aunque quizá prefiriesen, ante todo, avisar a la gente: «¡No pierdan la esperanza!».

A pesar de que la vida, en definitiva, es absurda y sin sentido —y aquel que no lo vea vive en un cuento de hadas—, aún es posible darle cierto sentido y valor, afrontando cada desafío con valentía y dignidad y aspirando a alcanzar objetivos realistas. Fijar objetivos no realistas es

intentar vivir en un cuento de hadas y anhelar cosas imposibles, como la felicidad completa y la plenitud total. Los existencialistas defienden que, si quieres ser feliz o, al menos, aumentar tu felicidad, debes dejar de luchar por la felicidad completa, ya que ese camino conduce irremediablemente a la frustración y a la decepción.

Esta guía explora una fascinante variedad de temas interconectados que son esenciales para la filosofía existencialista, desde el tiempo, la muerte y la nada hasta el amor, el odio y el deseo sexual. Pero que sirva de aviso: esta guía está repleta de verdades existenciales duras y contundentes sobre la condición humana, que pueden resultar desconcertantes a nivel físico, emocional y filosófico. Los existencialistas son como todo el mundo: libres, responsables, mortales, abandonados... La única diferencia es que son conscientes de ello, no intentan negarlo y tratan de sacarle el máximo partido. He aquí el crudo punto de vista del existencialismo. ¿Eres capaz de soportarlo y aceptar la realidad?

Es importante destacar que este libro constituye una *guía* al existencialismo, tanto si se aspira a ser existencialista como si no. No se trata de un reglamento ni de un libro de leyes que diga lo que debe pensar y hacer un existencialista: cómo vestir, qué comer, cómo comportarse o qué decir. Tal como se indica en la propia guía, el existencialismo no consiste en dictar una serie de normas, como algunas religiones pensadas para guiar al rebaño. Consiste en animar a los individuos a entrar en sintonía con su *libertad* inherente y a pensar y actuar por sí mismos. Por encima de todo, el objetivo del existencialismo es animar a la gen-

te a asumir la *responsabilidad* individual sobre sus decisiones y acciones, en lugar de culpar a las normas, al sistema, a la sociedad, a terceras personas o, en general, al inmenso e impasible universo.

Te puedes centrar tan solo en algunos capítulos o leer la guía de arriba abajo. En cualquier caso, estoy seguro de que le sacarás mucho partido y te servirá para ser el centro de atención en los eventos sociales cuando surja el tema del existencialismo. Si no frecuentas eventos donde pueda surgir este tema, quizá es que no vas a los eventos adecuados. Aunque todo es cuestión de gustos, de preferencias personales y del valor que le des a las cosas.

También puedes usar esta guía como un libro de referencia a la antigua usanza, y consultarla cuando lo necesites. Por ejemplo, en momentos difíciles, situaciones especiales o encrucijadas importantes de tu vida. Siempre que sientas el impulso de comprobar qué opinan los existencialistas sobre la libertad, la angustia, la infancia, la autenticidad, la indiferencia, el sadomasoquismo, el absurdo o Dios.

Como diría cualquier existencialista que se precie, el uso que le des a esta guía queda por completo en tus manos. Puedes usarla para informarte y encontrar inspiración, o como tope para sujetar la puerta. Incluso puede servirte de libro sagrado. La uses como la uses, es algo que solo depende de tu criterio, de tu elección existencial y de tu responsabilidad, y a mí no me incumbe en absoluto.

Los existencialistas y el existencialismo

«¿Y usted, señora? —preguntó él—. ¿Es usted existencialista?» Aún recuerdo mi vergüenza ante esta pregunta.

Simone de Beauvoir, *La plenitud de la vida*, pág. 547

Un existencialista es una persona cuyo trabajo e ideas aportan su contribución al existencialismo, o cualquier persona que suscriba ampliamente las teorías y la perspectiva del existencialismo, y que trate de vivir y morir según sus principios. Para entender qué es un *existencialista*, primero hay que entender qué es el *existencialismo*. Esto es algo que explicaré a continuación. Pero, antes, cabe señalar que, para ser un auténtico existencialista, hace falta conocer bastante bien la filosofía y las perspectivas del existencialismo, creer más o menos en ello en lugar de considerarlo palabrería y, sobre todo, luchar continuamente por vivir acorde con sus principios. Hay que actuar como tal, no solo hablar como tal; esforzarse por alcanzar lo que los filósofos existencialistas denominan *autenticidad*.

La autenticidad es el santo grial del existencialismo, la gran aspiración o ideal existencialista. En pocas palabras, ser auténtico implica vivir continuamente conforme al hecho de que no eres una entidad fija como una roca o una mesa, que está completamente definida por las circunstancias, sino un ser libre y responsable de sus propias decisiones. Vivir como si fueses una entidad fija es lo que los filósofos existencialistas denominan *mala fe*. La mala fe es utilizar la libertad en contra de uno mismo al elegir «no elegir», renunciando así a la responsabilidad y culpando a los demás y a las circunstancias por tu forma de ser y actuar. Los existencialistas aborrecen la mala fe. Este libro contiene capítulos dedicados tanto a la autenticidad como a la mala fe.

Curiosamente, resulta muy posible que una persona sea auténtica sin haber oído hablar nunca del existencialismo. Lo contrario sería afirmar que la autenticidad solo está al alcance de los ratones de biblioteca. Algunos individuos alcanzan la autenticidad mediante su experiencia vital directa o porque deciden ser especialmente valientes, desinteresados u originales. Se los podría llamar «verdaderos existencialistas», pero en realidad no lo son en absoluto; son lo que los estudiosos del existencialismo califican de «personas auténticas».

Estos individuos no se autodenominan *auténticos*, porque no piensan en sí mismos en estos términos. Simplemente viven absortos en su forma de entender la autoconsciencia, los problemas y los remordimientos. En realidad, no tiene nada de auténtico pensar que se es auténtico. Quien afirma ser auténtico piensa que *es* algo, una entidad

1. Los existencialistas y el existencialismo

fija, un *ente* auténtico. Alguien que piensa así o tiene esa actitud, en realidad, está mostrando mala fe.

Por lo tanto, es posible ser auténtico sin ser existencialista, pero no es posible ser un verdadero existencialista sin esforzarse duramente por ser auténtico. Lo importante es que el camino hacia la autenticidad puede empezar cuando se descubre el existencialismo. Muchas personas se animan a perseguir la autenticidad tras haber estudiado esta forma de pensamiento. Aprender sobre el existencialismo permite resaltar las *verdades existenciales* más básicas e ineludibles de la condición humana, pone en evidencia la mala fe y hace hincapié en la necesidad de libertad y responsabilidad. Estudiar esta corriente filosófica puede ser un proceso de revelación personal profunda que modifique la propia esencia de nuestra forma de existir en el mundo.

Pero ¿qué narices es el existencialismo? Básicamente, se trata de un amplio movimiento intelectual desarrollado en los siglos diecinueve y veinte por diversos filósofos, psicólogos, novelistas, dramaturgos y demás cerebritos de la Europa continental que sigue teniendo repercusión en la actualidad. El movimiento existencialista se define por sus preocupaciones comunes más que por un conjunto de principios que deban suscribir todos los pensadores existencialistas, aunque sí que existen principios comunes para la mayoría.

La principal preocupación del existencialismo es proporcionar una descripción coherente de la condición humana que reconozca e incorpore plenamente las verdades fundamentales o existenciales relacionadas con dicha condición. El existencialismo examina lo que supone para

cada uno vivir en este extraño e infame mundo; lo que significa o deja de significar «estar vivo». Lo explica tal y como es, sin paños calientes ni tonterías. Las verdades existenciales o fundamentales de la condición humana según los existencialistas son las siguientes.

No somos entidades fijas como una mesa o una piedra, sino seres indeterminados y ambiguos en un incesante proceso de cambio y transformación. Somos libres y no podemos dejar de serlo. Somos responsables de nuestras acciones, y nuestras vidas están lastradas por el deseo, la culpa y la angustia, sobre todo con respecto a lo que otros piensan de nosotros. Esto nos lleva a padecer emociones irritantes como la culpa, la vergüenza y el bochorno. Y, por si esto no fuese lo suficientemente terrible, estamos condenados a morir desde el momento en que nacemos en este universo insignificante en el que no hay ningún Dios o, en todo caso, uno muy esquivo. Sorprendentemente, a pesar de esta historia trágica, el existencialismo es, en el fondo, una filosofía positiva y optimista. ¿Cómo es esto posible?

Pues porque el existencialismo describe cómo vivir una vida que valga la pena a pesar de que la existencia humana no tenga sentido y esté repleta de sufrimiento y miseria. El planteamiento general es que no se puede crear una vida realmente sincera y provechosa mediante la fantasía. Tienes que basar tu vida en la comprensión y la aceptación de cómo son las cosas; en caso contrario, siempre estarás engañándote a ti mismo mientras anhelas ser feliz para siempre. Tan solo una persona lo suficientemente sabia como para abandonar la idea de perse-

1. Los existencialistas y el existencialismo

guir la ilusión de satisfacción *total* puede esperar alcanzar una satisfacción *relativa*.

En su ensayo filosófico *El mito de Sísifo*, el filósofo existencialista Albert Camus compara la existencia humana con el drama del personaje mitológico Sísifo, que está condenado eternamente a empujar una enorme roca hasta la cima de una montaña para ver cómo vuelve a caer cuesta abajo. Camus se pregunta si la vida merece la pena ser vivida, teniendo en cuenta que es tan absurda e inútil como el martirio de Sísifo. «No hay sino un problema filosófico realmente serio: el suicidio. Juzgar que la vida vale o no la pena de ser vivida equivale a responder a la cuestión fundamental de la filosofía» (*El mito de Sísifo*, pág. 17).

Al elegir la vida y rechazar la posibilidad siempre presente del suicidio, la persona le otorga valor y significado a una vida que, de por sí, carece de ellos. Cuando elige vivir su vida en lugar de ponerle fin, la persona asume la responsabilidad sobre su propia vida. El enfoque aparentemente pesimista de Camus sobre las verdades existenciales de la condición humana da pie a una conclusión optimista: aunque la lucha por la vida no tenga un fin último y siempre dé el mismo resultado final, se puede crear una sensación de finalidad mediante la propia lucha y mediante la manera de afrontar la vida. Si esta conclusión no te parece demasiado optimista, te invito a dar con una mejor que no se base en suposiciones falsas sobre cómo es la vida; una conclusión que, si se la mira de frente, sea algo más que una ingenua lista de deseos imposibles.

El excéntrico filósofo cristiano Søren Kierkegaard y los filósofos ateos y románticos Arthur Schopenhauer y Frie-

drich Nietzsche fueron quienes, cada uno a su manera, fijaron las bases de lo que hoy se conoce como existencialismo. A los tres les preocupaba identificar y examinar las verdades eternas de la condición humana.

Las preocupaciones de Kierkegaard, Schopenhauer y Nietzsche fueron retomadas durante la primera mitad del siglo XX por Karl Jaspers en su *Filosofía de la existencia*, y por Martin Heidegger, Jean-Paul Sartre, Simone de Beauvoir, Maurice Merleau-Ponty y Albert Camus. Los cuatro últimos de la lista se conocían entre sí y, en los años treinta y cuarenta, se frecuentaban en cafés parisinos donde fumaban sin parar y hablaban sobre los larguísimos libros en los que estaban trabajando.

Los escritos de Heidegger, Sartre y los demás fijaron el existencialismo como una rama específica de la filosofía. Las ideas de estos filósofos convergen para formar un sistema de pensamiento esencialmente coherente. La esencia del sistema radica en la máxima «la existencia precede a la esencia»; esta máxima se suele atribuir a Sartre, quien ciertamente la utiliza en su libro de 1946, *El existencialismo es un humanismo*. En ella se resume una perspectiva fundamentalmente opuesta al idealismo, según la cual no existe ninguna esencia ideal, sobrenatural, divina, abstracta, ni metafísica que dé forma o sentido a las cosas concretas. Sí existen cosas concretas, como mesas o piedras, y más allá del conjunto de cosas concretas tan solo está la consciencia, que no es sino la consciencia *de las cosas concretas*.

Según los existencialistas, la consciencia de la mente es una «nada». No es una cosa en sí, sino una *relación*. Al igual que un reflejo en el espejo, está compuesta en su to-

1. Los existencialistas y el existencialismo

talidad por aquello que refleja. Dado que la consciencia no es nada en sí misma, las personas no son nada en sí mismas. Como ya hemos dicho, nadie es una entidad fija. Al no ser entidades fijas, las personas deben esforzarse constantemente por *ser* algo, por inventarse a sí mismas mediante las decisiones que toman y las acciones que emprenden.

En el caso concreto del ser humano, «la existencia precede a la esencia» se refiere a la idea de que cada persona primero existe, sin un sentido ni un propósito, y a partir de ese momento lucha por otorgarse un sentido y un propósito. La esencia de una persona es no tener más esencia que la que debe inventarse continuamente para sí. Como sostuvo Simone de Beauvoir a lo largo de sus numerosos escritos, «la naturaleza del ser humano es no tener naturaleza».

Existe una rama religiosa del existencialismo fundada por Kierkegaard, que se analiza en el penúltimo capítulo de este libro, pero el existencialismo, en general, es anti-dualista, antimetafísico y ateo. Desde esta perspectiva, la humanidad ocupa un universo impasible que carece de sentido hasta el límite de lo absurdo. Cualquier sentido que se dé en el mundo debe estar determinado por cada individuo desde la esfera de su propia existencia individual. Si una persona da por hecho que su sentido viene dado de serie o que la existencia humana tiene un fin último fijado de manera externa por una o varias deidades, estará alejándose de la realidad y vivirá una mentira.

El existencialismo es una teoría esencialmente coherente sobre la condición humana, que se nutre de las mejores

tradiciones de la filosofía occidental. Está basada en una teoría de la naturaleza de la consciencia humana cuyas raíces se remontan al brillante filósofo alemán Immanuel Kant y a su también brillante sucesor Georg W. F. Hegel. El existencialismo es tan solo una rama o un desarrollo de la teoría filosófica llamada «fenomenología», que sin duda proviene de Hegel y, en cierta medida, de Kant, aunque este último se inspirase enormemente en el filósofo empirista escocés David Hume. Y así hasta el principio de los tiempos, hasta dar con el primer cavernícola que, tras llevarse algo medio decente a la boca y al ver que aún no se lo iban a comer los lobos, dirigió su mirada hacia las estrellas o hacia el vacío de un precipicio y se preguntó: «¿Qué sentido tienen la muerte, el universo y la nada?».

El universo

No somos más que una raza avanzada de simios en un planeta menor de una estrella muy ordinaria. Pero podemos entender el universo, y eso nos hace muy especiales.

Stephen Hawking, *Der Spiegel*, 17 de octubre de 1988

Los existencialistas no tienen mucho que decir sobre el universo como tal, las estrellas y galaxias de los astrónomos o la inmensidad del espacio exterior. Si evocan siquiera la noción científica del universo es únicamente para reforzar sus afirmaciones nihilistas sobre lo perdida y abandonada que está la humanidad en lo que se conoce como «el esquema general de las cosas» (¿qué esquema?) y cuán inútil y absurda resulta nuestra fútil existencia en esta mota de desechos espaciales que llamamos Tierra.

A los existencialistas tampoco les interesa especialmente saber si hay vida inteligente en otros planetas. Desde luego, incluso para un existencialista sería interesante descubrir que existen los alienígenas —otra fuente más de amenaza y angustia—, pero en el fondo no cambiaría nada.

Los alienígenas estarían igual de perdidos y abandonados que nosotros en este universo sin sentido, igual de desprovistos de un sentido último, igual de condenados a ser libres, igual de confusos y perplejos por la serie de accidentes cósmicos que les dieron origen en su propia mota de desechos espaciales.

La falta de interés de los existencialistas por el universo de los astrónomos y astrofísicos es, en parte, el resultado de su falta de confianza en la ciencia. No es que estén en contra de la ciencia o del progreso científico —eso se lo dejan a los Amish y a los luditas—. Reconocen que, en muchos aspectos, la ciencia ha mejorado el funcionamiento de las cosas, y no son reacios a disfrutar las ventajas de la ciencia y la tecnología. Recordemos que a Sartre y De Beauvoir les encantaba viajar en avión, tren y automóvil. Pero también reconocen, con su punto de vista tan posmoderno, que la ciencia no puede alterar ni abolir las verdades existenciales de la condición humana.

La ciencia nunca eliminará el dolor ni el sufrimiento, por ejemplo. Vale, nos ha dado algunos antibióticos y medicamentos eficaces, pero también nos ha dado los vertidos de petróleo, el calentamiento global y el holocausto nuclear, y seguro que esconde muchos más horrores bajo la manga. La ciencia ha ayudado a muchas personas a vivir más tiempo, a prolongar su inútil existencia, pero nunca nos permitirá vivir para siempre. Y, aunque pudiese, ¿a quién le gustaría vivir para siempre después de pasarse varios siglos sacando la basura? Ya os oigo decir: «¡La basura la puede sacar un robot!». Pero ¿qué sentido tiene vivir si nuestros siervos pueden vivir por nosotros? La ciencia

2. El universo

puede intentar aliviar nuestros miedos y angustias existenciales, pero solo a fuerza de empujarnos a un falso optimismo excesivo o de prescribirnos pastillas para ser felices que nos transformen en zombis de encefalograma plano controlados por el Prozac.

Por más que avance la tecnología y por más aplicaciones inteligentes que tengamos en nuestros malditos iPhones, iPads y iPods, nunca seremos capaces de superar nuestra vulnerabilidad, nuestra angustia, nuestra mortalidad ni nuestra confusión sobre quiénes somos y qué queremos. Seguiremos teniendo que encarar cada día las difíciles decisiones existenciales sobre qué hacer, quién ser, por qué luchar y a qué darle valor. Ni la ciencia ni la tecnología pueden cambiar la verdad existencial según la cual el ser humano nunca será capaz de encontrar una satisfacción plena y permanente y siempre sentirá una carencia. Por más productos que nos ofrezca el mundo moderno, siempre acabarán apareciendo el aburrimiento y la insatisfacción.

El universo existencialista es mucho más terrenal y no es tan científico como el mundo de la astronomía y la cosmología. Es el día a día del individuo que, al toparse con obstáculos, desafíos y otras personas, debe decidir una y otra vez si se enfrentará o no a esas dificultades y cómo lo hará. En los escritos clásicos de los filósofos existencialistas, este universo, esta sucesión de situaciones que piden respuesta, está casi siempre representado por una serie de espacios urbanos lúgubres ocupados por adultos angustiados que se obsesionan con sus relaciones personales; un apartamento parisino o un club nocturno de lo más sórdi-

do, ahogado en una densa nube de humo de tabaco y donde cada triste cliente es un fracasado drogadicto o borracho. En una crítica al existencialismo, la filósofa Mary Midgley escribe lo siguiente:

La impresión de *deserción* o *abandono* que tienen los existencialistas no se debe, sin lugar a duda, a la supresión de Dios, sino a su despectivo rechazo de casi toda la biosfera —plantas, animales y niños—: la vida se reduce a una serie de espacios urbanos; no es de extrañar que se vuelva absurda. (*Bestia y Hombre*, págs. 18-19)

Lo cierto es que, en el existencialismo clásico, apenas se hace referencia al mundo natural —ni montañas, ni lagos, ni cascadas, ni océanos—, y desde luego no se le rinde ningún homenaje. Como mucho, habrá algún parque con árboles feos y sin hojas que encierran el vomitivo sinsentido de una existencia brutal, vacía y superflua. Según afirma Sartre en su famosa novela existencialista, *La náusea*:

Hace un rato estaba yo en el Jardín público. La raíz del castaño se hundía en la tierra exactamente debajo de mi banco. Yo ya no recordaba qué era una raíz. Las palabras se habían desvanecido, y con ellas la significación de las cosas, sus modos de empleo, las débiles marcas que los hombres han trazado en su superficie. Estaba sentado, un poco encorvado, baja la cabeza, solo frente a aquella masa negra y nudosa, enteramente bruta y que me daba miedo. (*La náusea*, pág. 203)

2. El universo

Quizá los existencialistas tendrían una noción más alentadora del universo físico si saliesen más de la ciudad y se topasen con la majestuosidad de la naturaleza a gran escala. Pero ellos dirían que hablar de lo majestuosa que es la naturaleza es emitir un juicio de valor, y seguramente fuese un juicio de valor bastante pequeñoburgués en aquel momento.

Por si sirve de algo, debo añadir que a De Beauvoir y Sartre les encantaba pasear en bicicleta y viajar por el mundo, actividades proclives a poner a alguien en contacto con el mundo natural, aunque eso depende de a dónde se vaya. Para muchos, «viajar por el mundo» equivale a visitar Disneylandia para conocer a Mickey Mouse —algo que, para muchos existencialistas, sin duda encierra el vomitivo sin sentido de una existencia brutal, vacía y superflua—.

Puede que a los existencialistas no les interese la cosmología, pero sí les interesa la ontología —la búsqueda filosófica de la naturaleza fundamental de la existencia o de la realidad—. No siguen los avances de los físicos que postulan partículas cada vez más elementales o teorías sobre energía, materia oscura, cuerdas y demás. Para los existencialistas, lo que *es* —ontológicamente hablando y de manera fundamental— es *ser*, simple y llanamente. En *El ser y la nada*, una densa obra que muchos consideran la biblia del existencialismo, Sartre no deja de insistir en la noción de «ser-en-sí». Para Sartre, lo que existe de manera fundamental no es el universo de fenómenos diversos y complejos que percibimos a nuestro alrededor, sino el ser-en-sí.

También designado como un ser no diferenciado, el ser-en-sí constituye el punto de partida de la ontología de